

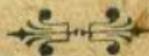
COLECCION ARIEL

JUAN DE D. URIBE

Discurso
1914

En el cercado ajeno
Por Epifanio Mejía, Discurso
La Lira Nueva

este libro
109



SAN JOSE, COSTA RICA, C. A.
Imprenta Greñas

1914

APRECIACIONES

Las obras de Juan de Dios Uribe (*) no necesitan de recomendaciones.

Cosmopolita como Montalvo—con quien se le compara frecuentemente—y a quien aventaja en profundidad de ideas, brío y movimiento, si no iguala en la riqueza del léxico, fué como el sin par ecuatoriano, desterrado, peregrino, admirador y admirado de los varios países hermanos donde posó su planta. Estados Unidos, Venezuela, Centro América y Ecuador—donde vino a morir sirviendo la causa de las ideas revolucionarias que bullían en su cerebro y en aquel nudo de volcanes—le vieron sucesivamente, como un me-

(*) Juan de Dios Uribe nació el 15 de octubre de 1859 en Andes, Departamento de Antioquia de la República de Colombia. Viene de familias que han dado hombres ilustres en las ciencias, las letras y la política. Su padre, el Dr. Dn. José Vicente Uribe, médico, publicista y hombre de Estado, cuenta entre sus parientes cercanos al sabio médico y naturalista Dr. Manuel Uribe Angel, y su señora madre Dña. Leonor Restrepo,—que aún vive,—es hermana del celebrado escritor Dn. Juan de Dios Restrepo, conocido bajo el pseudónimo de Emiro Kastos. De la generación actual son muchos los hombres notables de estas dos familias colombianas; figuran entre ellos el prominente político Rafael Uribe Uribe y el escritor Antonio José Restrepo, primos de Juan de Dios Uribe, y su hermano el Dr. Eduardo Uribe Restrepo, distinguido médico que desde hace algunos años está radicado en esta ciudad.

Juan de Dios, por su carácter entero y por su espíritu de batallador, y dada la desgraciada época política que le tocó atravesar, llevó en su patria una vida muy agitada y luego pasó trece años en el destierro, donde murió antes de cumplir 40 de edad. Su muerte ocurrió en Quito, en 1899.

En este cuaderno presentamos algunos de sus escritos literarios, reservándonos para otro el dar algunas de sus piezas de combate.

teoro ígneo, esparciendo las llamas de su genio, ahora como torbellinos de lava, quizá como reflejos plácidos de la luz tibia de su corazón, inflamado para el bien y el amor de sus hermanos. Dondequiera fué el mismo, consecuente y sincero, recto, altivo y veraz, dulce y afable al propio tiempo.

Escribió prosa desde muy joven, pero no comenzó a publicar sino en 1880. Su estilo fue siempre el mismo, es decir, inimitable.

Era taciturno como un dios Término; hablaba poco si no estaba entre amigos íntimos. Pero en la tribuna fue simplemente colosal. Los que le oyeron en León por Máximo Jerez y los que le aplaudieron en Medellín por Epifanio Mejía, no olvidarán jamás ni su figura, ni su ademán, ni su voz estentórea, modulada empero.

No le tocó volver a su patria redimida, santificada en el dolor y desmembrada geográficamente, pero integrada ya y resurrecta en la antigua nacionalidad gloriosa de otros días. Que duerma el apóstol sueño secular de triunfo, reclinado en sus obras y su pluma. Mientras se hable español en estas latitudes; mientras la dignidad humana forcejee por arrojar de sí los harapos que el fanatismo y la ignorancia han echado sobre sus hombros en estos Andes ateridos, y mientras los que apreciamos sus ricos dones de corazón sensible y generoso respondamos a lista entre los vivos, su memoria no morirá.

A. J. RESTREPO

(Del prólogo a las obras de Juan de Dios Uribe.)

Traía en su organización, como herencia legítima, levadura de nobleza; traía en el alma, condición ame-

xa a los que nacen en el terruño antioqueño, el sentimiento de lo bello y de lo grande; y por sobre eso, que vale mucho, uno de los cerebros mejor organizados que pueden encontrarse en la juventud de Colombia.

JUAN CORONEL

Juan Montalvo y Juan de Dios Uribe, han sido los dos más grandes insurrectos de la América latina.

Cuando se hable de las altas conciencias se volverá a mirar hacia ellos. La multitud puede pasar sin verlos. La historia no puede pasar sin contemplarlos.

Y la multitud no hace la Historia.

Los grandes rugidores: he ahí los grandes luchadores.

Los juglares y los eunucos cantan, abanicán a su Señor y le murmuran amores. Las bayaderas cantan y danzan en torno al amo desnudo en su fuente perfumada de nardos y jazmines.

Las almas viriles no cantan ante el mal; rugen y claman.

La vida de Juan de Dios Uribe puede encerrarse en una palabra: combate.

Su historia se corrió en los claustros del colegio, la plaza pública, el periodismo y el destierro.

Los años de su vida pública fueron para el ardiente polemista de recia batalla.

En guerra ardiente con el fanatismo y las preocupaciones, no dió tregua a la lidia. Ya acosado por sus contrarios, ya acosándolos hasta en sus últimas guaridas, pero siempre incansable.

Uribe no era tan sólo un gran talento, sino también un gran corazón.

La lucha no agrió su carácter; el infortunio no lo debilitó.

En la despreocupación de su ánimo, que se traslucía en el desenfado de sus escritos, había momentos en que parecía que, volviendo la espalda a la sociedad, conversara con lo desconocido....

En su estilo, como en su acento, había algo raro, pero sublime, al hablar de los ideales del porvenir; y oyéndolo se sentía algo semejante a cuando uno se inclina en la altura de nuestras cordilleras para ver un abismo, en cuyo fondo brilla el rayo de luz, que allá, muy abajo, juguetea en el valle.

Uribe fué para los fanáticos una pesadilla.

Para los tiranos una amenaza.

Para los liberales un orgullo.

A los tímidos les parecía violento, a los débiles arrebatado.

Mañana cuando se juzgue la época en que vivió, las preocupaciones con las cuales tuvo que luchar, y los tiranos que atacó, apenas lo hallarán justo.

Uribe, fué, como revolucionario, una mezcla de Dantón y Desmoulins; pero más noble que el primero, más valiente que el segundo y con más talento que ambos.

Es el Jules Vallés americano.

J. M. VARGAS VILA

(De su obra *Los Divinos y los Humanos*.)

En el cercado ajeno

Al norte de Medellín, a media legua, sobre una colina de las que cierran la llanura, está el Asilo de Locos. Es un edificio a medio hacer, con bastante espacio a los lados, con vistas hacia el Valle de Medellín, hacia el cajón del río, a la cuesta de *Medina*, a los montes de *El Gallinazo* y de *El Granizal* y a las cumbres romanescas de Santa Elena. Sitio de mucho aire, de mucha luz, de paisajes encantadores, corona la eminencia; y el sol que reverbera en su tejado nuevo, enciende como un fanal sobre el collado de los infelices..... Allí vive Epifanio Mejía, nuestro poeta loco.

Con el primer ejemplar de *La Tierra de Córdoba* en el bolsillo, y con la vibración en la cabeza de este himno apasionado a nuestra raza, quise ir al Asilo a recibir la impresión que le causara la lectura de los versos de Isaacs al poeta

más antioqueño de los antioqueños. Epifanio tiene lucideces en literatura: hace buenos versos en su celda de recluso y recita sus antiguas poesías con una fidelidad perfecta. Cuando la inspiración vence su dolencia, produce como en los mejores días, pero estas improvisaciones fugitivas se pierden entre la charla de los locos. No tiene papel, ni pluma, ni libros, ni nada que lo asocie a su pasado de escritor, y vive de algunos recuerdos, que están incólumes en su memoria, y de las extravagancias que constituyen su desgracia. Distráido de la manía de *comerciante por mayor*—que es la que ahora tiene—y traído a las letras, su juicio adquiere cierto equilibrio; y era este intervalo feliz el que yo quería aprovechar para leerle el canto de Isaacs. Se me presentaba, además, la oportunidad de pedir justicia para el pobre poeta: remedio para su desgracia, o bienestar para sus últimos días; pan para sus hijos, una edición para sus obras—aquello que fuese una reparación de esta sociedad colombiana, indiferente y avara con los hombres distinguidos que son humildes. Juntar a Mejía con Isaacs, cuando al

uno se le cree muerto y el otro va a conmover de nuevo los corazones y a preocupar los espíritus, era apoyar la musa enferma de Epifanio en el vigoroso brazo de Efraim, lo cual no debía causarle sino regocijo al noble corazón del autor de *María*.

El tranvía lo lleva a uno hasta *El Bermejál*, cruzamiento de carreteras y lugar de baños y de recreo; desde allí trepa la cuesta, entre sotos y vallados, por un paraje delicioso, con olor de montaña, con la frescura y reposo de las brisas libres y del campo verde.

*
* * *

Mientras adelantaba al Asilo, iba pensando en el otro, en Jorge Isaacs, que tiene su casita a orillas del Combeima, de cara a la montaña del Quindío, de donde el Tolima, que él ha cantado, vota al cielo su cono inmenso de nieve immaculada para recibir las primicias de la luz de los astros. En Ibagué vive, pobre y enfermo, después de una heroica batalla con la naturaleza y la fortuna. No ha sido vencido, pero sí destruido. Res

piró a pleno pulmón los miasmas de las selvas y de los hombres, y eso, si no ha domado su altivez, sí ha quebrantado sus fuerzas físicas. Según me escribe, se repuso un poco en una granja de *Emiro Kastos*, en el corazón del monte, propia para poner en fuga las fiebres y los pensamientos dolorosos. ¡Y vive así este hombre que ha dado tanta gloria a la literatura de su Patria! ¡Que ha enriquecido a centenares de editores nacionales y extranjeros con su libro! ¡Y tiene que hartarse solamente de sueños y quimeras este gran señor que nació para el arte y las magnificencias! ¡No se queja, no encorva la espalda; pero sus amigos, apesar de él, nos quejamos de que aquí, donde se quiere coronar a Núñez, él mismo, y quieren coronar a Rafael Pombo, se deje a Jorge Isaacs apuntando siempre a la rueda veleidosa de la fortuna!

*
* *

Al proseguir el camino evocaba a Isaacs en los recuerdos de mi infancia y de mi juventud.

Cuando lo vi por primera vez en Cali a su regreso del Pacífico, tenía la fuerza

de los cuarenta años: erguido, de pelo y bigotes negros, altivas la mirada y la faz. Nos mostraban a los chicos la casa donde nació el poeta y a donde Efraim llegó demasiado tarde aquella noche de tribulaciones.

“Hube de reunir todo el resto de mi valor para llamar a la puerta de la casa: un paje abrió. Apeándome boté las bridas en sus manos y recorrí precipitadamente el zaguán y parte del corredor que me separaba de la entrada del salón: estaba oscuro. Me había adelantado pocos pasos en él, cuando oí un grito y me sentí abrazado:

“—¡María! ¡mi María!—exclamé estrechando contra mi corazón aquella cabeza entregada a mis caricias.

“—¡Ay! ¡no, no, Dios mío!—iuterrumpióme sollozante.

“Y desprendiéndose de mi cuello cayó sobre el sofá inmediato: era Emma.....”

Aquel encuentro de Efraim, que satisfacía mi curiosidad de niño, no habría de borrarseme de la memoria. En casa de mis padres era familiar su nombre; y el tomito de versos suyos que publicaron Camacho Roldán, Becerra, Vergara,

Marroquín, Samper, la tertulia de *El Mosaico*, estaba en nuestra biblioteca, y fué ese mismo ejemplar el que le sirvió muchos años más tarde para principiar a reunir sus poesías que habría publicado en Bogotá sin la codicia feroz de los editores.

Fracasaron por ese tiempo sus negocios de agricultura y tuvo un pleito ruidoso que lo obligó a escribir uno o dos folletos.

En 1875 era superintendente de instrucción pública del Cauca. Cuando atravesaba los claustros de la Escuela Normal de Popayán, envuelto en su capa, sin mirar a nadie, los estudiantes cerrábamos los libros para contemplarlo llenos de respeto. El imponía ese respeto por otra parte; mas nosotros nos sentíamos orgullosos y felices al tener por superior de estudios al gran poeta que había paseado la novia inmortal caucana por todas las comarcas de la tierra; que había dejado a *María* como numen que preside los amores castos, hablando a la oreja de las prometidas, y en nupcias imposibles con los corazones tristes.....Felices, orgullosos y entusiastas,

al pensar que el célebre escritor venía del lado de César Conto, de la redacción de *El Programa Liberal*, de dar un asalto a los fanáticos, por nosotros, por los normalistas, que estábamos en el nido de la serpiente, a quienes cada día nos gritaba la manada religiosa en las puertas de la escuela, en la plaza, en las calles, con aullidos de fiera hambrienta: ¡Mueran los masones! ¡Mueran los herejes! con este estribillo de la época, que despedazaba el gznate de hombres y mujeres: ¡Santo Dios! ¡Santo Dios!

¡César Conto! Combatido por los nuñistas y los conservadores; envuelto en una red de sociedades católicas; con un Obispo beligerante a dos cuadras de su casa, y otro Obispo guerrero que le apuntaba desde Pasto; en la parrilla de las iglesias, de los periódicos y de las tribunas reaccionarias; desengañado de muchos de sus copartidarios; con infaustas noticias por el telégrafo a cada instante; abocado a una guerra de aspecto musulmán; y él sin soldados, con pocos amigos, inalterable, sonriente, con la bandera en la mano, parando los golpes en *El Programa Liberal*: ¡oh, este recuerdo es el ho-

menaje más glorioso que puede hacérsele a su memoria!

Al otro día de la batalla de *Los Chancos* (31 de Agosto de 1876) ví a Jorge Isaacs, de pie, a la entrada de una barraca de campaña. Pasaban las camillas de los heridos, las *barbacoas* de guadua con los muertos, grupos de mujeres en busca de sus deudos, jinetes a escape, compañías de batallón a los relevos, un ayudante, un General, los médicos con el cuchillo en la mano y los practicantes con la jofaina y las vendas, Trujillo que marcha al Sur, Conto que regresa a Buga, David Peña a caballo con su blusa colorada, como un jeque árabe que ha perdido el jaique y el turbante..... el mundo de gente, ansiosa, fatigada, febril, que se agolpa, se baraja y se confunde después de un triunfo. El sol hacía tremer las colinas, la yerba estaba arada por el rayo, el cielo incendiado por ese mediodía de Septiembre, y por sobre el olor de la pólvora y los cartuchos quemados, llegaba un gran sollozo, una larguísima queja de los mil heridos que se desangraban en aquella zona abrasada, bajo aquel sol que desollaba la tierra. Isaacs

reemplazó el día antes a Vinagre Neira a la cabeza del *Zapadores*, y, como su primo hermano César Conto, estuvo donde la muerte daba sus mejores golpes. Yo lo vi al otro día en la puerta de la barraca, silencioso en ese ruido de guerra, los labios apretados, el bigote espeso, la frente alta, la melena entrecana, como el rescoldo de la hoguera; y con su rostro bronceado por el sol de Agosto y por la refriega, me parecieron sus ojos negros y chispeantes como las bocas de dos fusiles.

Hizo la admirable campaña del Sur a órdenes del General Trujillo, y uno de sus mejores poemas con la cortada de *El Nudo*. Era allí infatigable, pero agitador y propagandista, cual si continuara en el campamento discursos interrumpidos en las Asambleas, a la manera de los inspectores de ejército de la Convención francesa. No sería esto lo más a propósito para la disciplina, ni le hacía mayor gracia tal libertad al General Trujillo, por lo que el Jefe e Isaacs se trataban a distancia. Bajo su tolda, en los riscos de *Miraflores* y *San Julián*, solía de tarde en tarde escribir una página o grabar

una estrofa en su libro de memorias.

Lo oí hablar luégo en las Cámaras Legislativas; vi apedrear su hotel por las turbas regeneradoras, tres días antes de que un guijarró feliz, tirado por los godos, le enseñara al doctor Galindo, de un modo perentorio, la excelencia de las doctrinas conservadoras.

Muchos años después (1886) Antonio José Restrepo y yo fundamos *La Siesta*, con el objeto de hacer, so capa de un periódico literario, una hoja política, y Jorge Isaacs buscó para nosotros sus carteras de viaje por la Costa Atlántica, la Sierra Nevada y la Goajira, y nos dio a escoger lo que a bien tuviéramos. Tomamos lo que él quiso. Así es como *La Siesta* tiene un repertorio de Isaacs que no posee ninguna otra publicación de la República.

Y cuando en 1887 me echaron de Bogotá, por anarquista o por cualquiera otra cosa, puso en manos de mi madre una carta para el poeta Justo Sierra, que nunca agradeceré lo bastante.

*
* *

Antonio José Restrepo llegó conmigo. Mientras nos abrían la puerta del Asilo,

reparámos en una capilla que queda enfrente, adonde llevan a los locos a oír misa los domingos, como si lo que no entienden los racionales estuviera al alcance de los enajenados.....

Abrieron. En el patio había algunos infelices tomando el sol en posturas ridículas. En el corredor se paseaban otros; de los cuartos cerrados y del interior del edificio salía una vocería confusa.

—¿Dónde está Epifanio?—preguntamos al portero.

—Por aquí—nos dijo, y guió hacia la puerta de la celda que ocupaba el poeta.

Una celda desmantelada, con una cama por único mueble, en el suelo desnudo, de tierra bermeja. Hacía frío allí dentro. Epifanio nos recibió con amabilidad y nos rogó que tomáramos asiento en la cama.

—Es lo que tengo aquí,—nos dijo.

Le dimos las gracias.

—¿Y cómo va de salud?—le preguntó Restrepo.

—Estoy bien—respondió.—No me ha vuelto el ataque y puede ser que no me epita.

Entonces reparé que había envejecido

y que estaba extenuado. Hacía cuatro meses lo había visto robusto y fuerte, con el pelo y la barba rubios, la cara llena, los ojos azules, y en mangas decamisa; se daba trazas en aquellos días a un obrero alemán sin trabajo. Ahora lo barría la desgracia. Le trajeron una taza de caldo, que tomó a sorbos, y luego encendió un cigarro.

—Me entretengo fumando—habló en voz baja.—No puedo leer ni escribir; eso me hace daño. Fumo y descanso del viaje.....

—¿De qué viaje?

—¡Ah! ¿No lo saben ustedes? Yo vengo de descubrir otro Continente, más allá del Viejo Mundo, donde no hay tabaco, ni candela, ni periódicos; donde se usan unas monteras grandes y negras, y donde vive Zaida, que se viste de las flores del jardín y es como una rosa de Alejandría. Se llama la tierra de la *Soledad*; desembarca uno en el puerto de *Carpintero*.....

Deliraba y le interrumpimos:

—¿No ha vuelto a hacer versos?

Pareció fijar su pensamiento.

—A Yarumal llegarán unas catorce

cargas con mis poemas. Es la historia del mundo desde la creación. ¡Quién sabe si eso guste!

—Vamos. Recítenos usted algo. Lo último que haya escrito; tenga usted la bondad, D. Epifanio.

Lo último que había escrito eran dos cuartetos insignificantes, que no reproduzco. Pero en la conversación nos habló de *El arriero de Antioquia*, un poema que tenía inédito.

—Es el arriero que ustedes han visto: fuerte, honrado, alegre, con su camiseta al hombro y su arriador en la mano, maldiciendo y cantando por nuestros caminos.

Logramos copiar este fragmento:

“Es lunes por la mañana,
Apenas va amaneciendo;
En el naranjo del patio
Ya chillan los azulejos.

“Sentado sobre una enjalma
Que está doblada en el suelo,
Aguarda con impaciencia
Su desayuno el arriero.

“Juana, su mujer, le trae
Chocolate en coco negro,
Con una arepa redonda
Y una tajada de queso.



“ Muerde, masca, sorbe, traga,
 Y sopla y sigue sorbiendo,
 Y con el último sorbo
 Le dice a Juana ¡ hasta luego ! ”

Nuestro aplauso pareció agradarle, y fuímonos derecho a lo de Isaacs.

—No lo conozco personalmente—nos dijo—pero he leído a *María* mil veces. ¡Qué lindo aquello! “Una tarde, tarde como las de mi país, engalanada con nubes de color de violeta y lampos de oro pálido, bella como *María*, bella y transitoria como fue ésta para mí.....” ¡Ave *María*! Y qué triste aquello: “Estremecido, partí a galope por medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche.....” De Bogotá me mandaron hace mucho tiempo un cuaderno de versos de Isaacs con *La Montañera*, *La Muerte del Sargento*, *De Antioquia a Medellín*, *Río Moro*..... ¡Oh, *Río Moro*! Esa poesía es especial, no se parece a nada de lo que nosotros hacemos:

“ Vi al pescador de los lejanos valles
 Tus peñas escalando silencioso,
 La guarida buscando de la nutria
 Y el pez luciente con escamas de oro.”

—¿Pero esto no es muy lindo? ¡Ave *María*! Yo querría conocer la letra de

Isaacs. ¿Les escribe a ustedes? Tráiganme las cartas: guardo una de Vergara y Vergara; Quijano Otero también me ha escrito. ¿Dónde está Isaacs? ¿Vive en Bogotá? ¿Es rico?

—Vive en Ibagué y es pobre.

A estas palabras se nos acercó como para decirnos un secreto.

—¿Con que está pobre? Pues si ustedes le escriben, díganle de mi parte que voy a recibir ochocientos bultos de mercancías francesas, y que puede tomar de ellas lo que necesite, sin reparo. Lo mismo les digo a ustedes.

Y decía aquello tan de corazón, con tal fe de caballero, que sentíamos una profunda angustia por el noble enfermo. Antes de que se engolfara en sus quimeras de comerciante, saqué del bolsillo el canto de Isaacs.

—A propósito—le dije—aquí tiene los últimos versos de D. Jorge, veamos qué le parecen.

Tomó el cuaderno con mucha curiosidad, vió la fecha y la firma, y me suplicó que leyese.

Desde el principio al fin del canto, se estuvo de pié oyendo con suma atención

e interrumpiendo con exclamaciones de gozo, haciéndose repetir las estrofas, principalmente las descriptivas. Entornaba los ojos para seguir los pensamientos intrincados, y cuando encontraba una palabra extraña, nos preguntaba el significado. Por el momento no estaba loco, sino muy cuerdo.

Sobre la *mota* de que habla Isaacs, nos hizo una observación curiosa:

—La *mota* debe ser el *guaco* o *guacó*, pájaro que dice en el canto: ¡*Ya acabó!* ¡*Ya acabó!* Se llama también *Valdivia*. En mi leyenda *Amelia* lo tengo puesto:

“Parada en la cumbre de altísima roca
La joven amante llorando se ve;
Parece de Safo la pálida sombra:
Del salto el abismo contempla a sus piés.

“¡Mi Carlos! ¡Mi Carlos! Les grita a los vientos
Que pasan llevando su lánguida voz:
Responde a sus gritos del río el estruendo
Y el canto agorero del triste guacó.”

Restrepo le preguntó sobre la procedencia judía de los antioqueños, de que habla el canto.

—La cara y las ocupaciones son hebreas; pero yo no sé nada.

Cuando terminé la lectura, me pidió el folleto para leerlo a solas y lo guardó

con mucho esmero debajo de las mantas de la cama. Nos acompañó hasta el patio y oímos que desde lejos nos gritaba: —¡Las cartas, las cartas, no olviden las cartas de Isaacs!

*
* *

Aún veo aquel hombre, humilde, mal vestido, con zapatos rotos, esforzándose en ocultar sus harapos y la desnudez de su cuarto con la conversación amena y las buenas maneras. Veo su cara pálida, sus ojos azules, su frente redonda y amplia, su barba inculta, sus cabellos rubios, escasos y encanecidos! ¡Una sonrisa de tonta inocencia! Una cabeza indecisa, un aire de dulzura triste, cierta viveza velada como la luz de la lámpara, y toda su fisonomía se representa a mis ojos como si estuviera envuelta en los rayos de la luna. ¡Pensar en las noches que pasa en ese calabozo con la vecindad de las locas bullangueras y soeces; en los peligros que corre, débil y enfermo, entre los gañanes destornillados, irresponsables y forzudos; en el hambre, ¡hay! en el hambre o en la mala alimentación,

que él no puede remediar en sus prisiones, que ha encorvado su cuerpo, adelgazado sus miembros y que le dejará al cabo, por la páfida anemia, en las tinieblas del idiotismo.

Apenas es tiempo de salvarlo.

La mañana en que Candelario Obeso se dió un tiro sobre el peritóneo, después del cual vivió tres días, me consta que no tenía una peseta para comprar morfina: después se le llevó con música y en hombros al cementerio. Homenaje tardío; si hubiera tenido dinero no se habría suicidado.

Es una lección. No hay que esperar la muerte para honrar la gloria.

¿Puede curarse o no Epifanio Mejía? Si se puede curar, ¿es aquí o en el extranjero donde tiene remedio? ¿Cuánto necesita para quedarse o para irse? ¿Con cuánto viviría su familia modestamente? Diga lo primero una junta de médicos; diga lo otro un consejo de padres de familia, dígalo alguno, y vamos todos a sufragar los gastos del poeta. Le pagaremos un poco de lo que nos ha dado en sus canciones: una serenata de esas en que ha volado nuestro corazón por entre

las rejas de las ventanas a los aposentos de las idolatradas; los goces de un amanecer cuando se oye el clarín del gallo y se dispone el desayuno campesino; cuando nos lleva a un ordeñadero de la montaña, a ver cómo borbota la leche en las totumas amarillas; cuando nos hizo advertir en el bosque oloroso la hormiga con su carga a la espalda, la araña fabricando sus encajes y la gallineta poniendo sus huevos azules; porque cantó la nostalgia y la agonía de la ceiba de Junín; porque nos hizo temblar con el cuchillo del carnicero "purpurino y blanco" en *La Muerte del Novillo*, y por las lágrimas derramadas sobre el nido de *La Tórtola*, y por la viudez de su compañero en *el laurel vecino*..... (*) Paguemos algo siquiera al que nos dió *El Canto del An-*

(*) Transcribimos enseguida estas dos de las composiciones de Epifanio Mejía que cita aquí Uribe:

LA TÓRTOLA

Joven aún, entre las verdes ramas,
 De secas pajas fabricó su nido;
 La vió la noche calentar sus huevos,
 La vió la aurora acariciar sus hijos.
 Batió las alas y cruzó el espacio,
 Buscó alimento en los lejanos riscos,

tioqueño, que aligera y enciende nuestra sangre; al que iba en pos de los huesos de Basiliso Tirado, en romance solemne, para que el poeta descansara en la tierra de sus padres; al que en *La Paloma del Arca* fué soltando cada uno de los animales con más encanto que en el relato bíblico, y al cantor de la infeliz *Amelia*, la virgen loca que anda por nuestras montañas y nuestros ríos buscando el cadáver de su novio.....

Trajo de frutas la garganta llena
Y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa,
Y sin embargo, disparó su tiro:
Ella, la pobre, en agonía de muerte
Abrió las alas y cubrió a sus hijos.

Toda la noche la pasó gimendo
Su compañero en el laurel vecino:
Cuando la aurora apareció en el cielo
Bañó de perlas el hogar ya frío.

LA MUERTE DEL NOVILLO

Ya prisionero, y maniatado, y triste,
Atado al poste, quejumbroso brama
El más hermoso de la fértil vega,
Blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado,
El bruto ve con timidez el arma,
Rompe el acero palpitantes nervios,
Chorros de sangre la pradera esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo,
El arma brilla purpurina y blanca;

Si es el poeta que no discutimos, ¿no podremos juntarnos todos en ayuda de su infortunio?

El Gobierno, que tiene en España a Julio Betancourt, bien podría tener en un hospital de Europa a Epifanio Mejía; y cuando le regalan diez mil pesos anuales a Eliseo Payán, no es pedir mucho una pensión de mil pesos para las hijas del poeta.

El amor de las mujeres—que es la verdadera corona que se ciñen los poetas—sería, empero, lo suficiente: este amor lo pueden compartir todas jun-

Se queja el bruto y forcejando tiembla,
El ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolinando por el aire, vuelan
Las negras *gualas* de cabeza calva,
Fijan el ojo en el extenso llano
Y al matadero, desbandadas, bajan.

Brama, escarbando, el arrogante toro
Que oye la queja en la vecina pampa,
Y densas nubes de reyuelto polvo
Caen en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
Corre el ganado por las verdes faldas,
Huele la sangre... y el olor a muerte
Quejas y gritos de terror le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible,
Por eso lloran la común desgracia
En ese clamoroso *De profundis*
Que todos ellos a los vientos lanzan.

tas..... porque es el amor de un loco. Con un bazar de tántos como hacen, con un concierto, con cualquiera obra de su iniciativa, se daría principio; luego los amigos de las letras darán lecturas públicas, y en cuanto a los rústicos de Antioquia, basta con que se les cante *El Mirto* y *El Diálogo de Amor*, para que echen sus cuartos, allí mismo, en el cuenco de la vihuela.

*
* * *

Un canto como *La Tierra de Córdoba* regocija la poesía y es extraño en estos días nuestros de deséncanto y aturdimiento. La inspiración liberal está soterrada, excepción hecha quizá de la musa de Antonio José Restrepo y Fidel Cano, y hasta los poetas jóvenes de nuestra escuela, o se vuelven sobre sí mismos para cantar sus intimidades, o filosofan sobre la inofensiva quinta esencia de las cosas. Se contentan con la libertad que sienten al verter sus querellas en la rima y al interrogar los esfinges de los problemas; pero no dan un golpe de vista sobre el país, ni se mezclan en el combate por la vida libre, que engrandeció a tantos

de sus antecesores. Falta imperdonable: si la poesía, que sirve para poner de relieve las ideas, tiene una altura excelsa, es ya tiempo que fulgure libre, y tremenda y vengadora sobre las catástrofes del derecho. Los poetas de la nueva generación aparecen muriéndose de amor o de hastío, por pura fantasía, porque aquí en Colombia no hay cosa más fácil que casarse; y a los veinte o veinticinco años, aquí y en todas partes, no hay cosa más trabajosa que aburrirse. Indagan, se ete-rizan; responden a preguntas que nadie ha de formular; se mudan a la zona templada con sus bártulos y los asuntos de sus poemas. Se alimentan de fuera. Viven, en una palabra, más en comunión de los libros que entre sus conciudadanos.

Nadie les niega talento ni arte; pero plañe uno del mal uso de sus facultades. ¡Cómo! ¿No es un grande asunto la Patria, el pueblo oprimido, la República en peligro, el auto de fe que se está haciendo con la obra de los libertadores? Resucitar las glorias nacionales o limpiar los cuarteles de nuestro escudo, ¿no es empresa tentadora para esas liras que mueren de histérico?

Más saben los reaccionarios, más sabe el jefe de ellos, que desde *El Cabrero* distrae su clientela con acertijos místicos, porque entiende que mientras más vueltas se le dé a la llave del misterio, más encerrados quedan los pueblos en el principio de autoridad. Hacer más que él, y hacer lo contrario, es la noble misión de los poetas radicales: yo querría que en esta lucha las liras fueran como la punta de las espadas. ¡Y quitad de allí los que queréis que haya paz y olvido en el campo literario: los que hacéis dos porciones del sér humano y al poeta lo dejáis vagar como un cuerpo interrogando su propia sombra! No: el hombre está mancomunado a la vida universal, principalmente a su raza, y muy especialmente a la libertad de su pueblo. No se puede sustraer tan noble parte de la actividad humana, como es la poesía, de la lucha por la existencia. ¡Y cuán delicioso combatir el del que oye sobre su cabeza el vuelo de las estrofas! ¡Y cuán dichoso morir el del que cae bajo las liras de sus poetas enlazadas en arcos de triunfo!

Sé que hemos caído lo bastante para que los acentos viriles tengan una flébil

onda sonora, sé que la verdad sufre el juicio arbitrario de la insolencia y que los poetas tienen miedo del hemiciclo en que los histriones de la dictadura derriban las cosas más bellas de la república. Comprendo que la imbecilidad se ha hecho sanción y que es más cómodo buscar el aplauso en los asuntos consentidos por el Poder y la fuerza. Admito que la sociedad rehuye las palabras enérgicas que le dan conciencia de la realidad de su desdicha. Que florece el mirto sobre el laurel; el madrigal sobre la oda. Pero me rebelo, los hombres emancipados se rebelan, contra este triunfo tan sencillo de la mentira que tenga el consentimiento de los poetas. Habrían de ser ellos los últimos en rendir las armas, pues que no son los primeros en recibir los golpes. Fiados en la Verdad, nada debe importarles el anatema; fiados en la Libertad, nada debe importarles el escarnio; y fiados en la Belleza, nada debe importarles el tiempo. El número los condena. Y bien: para algo es uno libre por dentro: siquiera para reírse de la chusma que quiere darle a César los jirones de su honra o de su talento. Si la moda ruin,

si la sociedad hipócrita los repele, ¿qué mayor satisfacción que el aislamiento, que el cordón sanitario que ponen las obras superiores entre la trápala y la inteligencia?

Mas los poetas de estro libre sí tendrán muchas compensaciones. El despotismo existe, pero Colombia vive: la mortaja está allí, pero el muerto se ha incorporado. Es la hora del cancionero. Tal lo ha comprendido Jorge Isaacs.

*
* *

“Mirad al cielo, desgraciados, y dejadnos el reino de la tierra” es la consigna de la musa reaccionaria. Los que la cumplen predicán el desprendimiento, después de incautarse de lo ajeno, y aconsejan la mansedumbre, quedándose con los soldados y las leyes dictatoriales. Así, la tierra no debe servirle al pueblo sino de sepultura y a ellos de granero para mantener una apacible longevidad sobre el planeta y sobre la espalda de los tributarios. Sacando de la vieja cantera mística las ideas decrepitas, falsifican la vida, y con maña nos colocan un collar de flores celestiales en el pescuezo,

que es la misma argolla que usaba para llevar los indios el conquistador Alfínger. El más culpable de ellos cree descargarse de sus faltas con las palabras rimadas, y quedándose en la holganza y en la soberbia, deja que sus siervos beban el anestésico de las frases para que nadie perturbe su molicie. Y no digo que los versos son decisivos, y menos cuando son mal pensados y mal hechos; pero hago constar que todo conspira contra la Libertad en orden de batalla, en un sistema a que convierten desde los escamoteos del sufragio hasta los hemistiquios de los versos.

Jorge Isaacs nos proporciona verdadera sorpresa con su canto. Tengo que decir que es en esta ocasión muy optimista; pero vale más esto que los gimoteos de los poetas que le dejan al pueblo el otro mundo, después de aligerarlo de sus bienes para el tránsito. Isaacs se abraza a la tierra, nuestra madre, y al contacto de sus ósculos apasionados brotan flores inmortales. ¿Ha tenido siempre en cuenta la realidad? Hay en su poesía muchas cosas vistas y muchos sueños; pero es la verdad que Antioquia sale engran-

decida, que a través de esas páginas nuestras montañas adquieren un relieve magnífico y que la fama de nuestra raza, ungida y perfumada con su verbo—con aceite del Huerto de las Olivas y resinas del Líbano—irá tan lejos como vaya la nombradía ya dilatada del poeta. Es cierto que la Antioquia que canta no es la del Departamento oficial, la del Gobierno regenerador, la de los Jesuítas, la de la Catástrofe, sino una otra que está fuera de las libreas, de los pechos, de los diezmos y del hambre. Una otra de origen judío, que no ha corrompido su sangre en el transcurso del tiempo, que tala los bosques, horada la tierra, tuerce el curso de los ríos, cuida los rebaños, es laboriosa, honesta, cosmopolita, aventurera; que canta su aire de triunfo en los desiertos y asoma con sus herramientas por la cima de los volcanes. Hay mucho de esta Antioquia, en efecto, a pesar de la Regeneración y de su Providencia. La apostura de nuestros aldeanos, la hermosura de nuestras mujeres, la originalidad de nuestras costumbres, la belleza del cielo y de la tierra antioqueños, no se han ido tampoco en las

alforjas de los exactores, gracias les sean dadas. *No se llevaron el temperamento.* Y existe también la Antioquia libre—en el voto que hacen sus hijos—la de origen macabeo, que guarda la tumba y el laurel de Córdoba.

Este canto es extraño en estos tiempos, porque nos habla de la tierra, ya proscrita de la Palingenesia; de la libertad, ya proscrita del Parnaso, y de los héroes de la Independencia, ya proscritos de la historia. Porque es irreverente con los verdugos de nuestros padres, irrespetuoso con los triunfos de los afortunados y lisonjero con los hombres libres. Está, pues, fuera de la nota hipócrita de los burladores y de la estética femenina de nuestra juventud trascendental.

Isaacs se ha venido con toda su persona a *La Tierra de Córdoba*: con sus cualidades y sus defectos. El único reparo que quiero hacerle hoy es su devoción sin límites por los judíos, cosa de la sangre. Si todos son buenos, no lo parecen. En Antioquia, y en todas partes, cuando se apegan al oro, sus narices flechadas no dan remate a un hombre sino al gancho de un trapero.

El estilo es opulento; parece que el poeta haya estado contemplando a Antioquia al sol que derrite la vainilla, que abre las flores del *quereme*, que sazona los tamarindos, bajo las palmas y cámbulos del Valle del Cauca.

1899

Por Epifanio

Discurso pronunciado en la velada literario-musical del 5 de agosto de 1893, en Medellín

Señoras y señores:

A estas horas de la noche duerme Epifanio Mejía, en su melancólico retiro, el sueño visitado por la locura, que es el mayor tormento de la vida humana. Cuando su nombre va aquí de labio en labio, él yace aletargado, o fabrica en los ruidos de la noche el palacio de sus quimeras. Hace catorce años que noches como ésta arropan con su capuz esa pobre alma, y aglomeran sobre su ingrato destino las tinieblas, precursoras indolentes del sepulcro. La luz de la mañana baña en tristezas su calabozo solitario, y los arreboles de la tarde se apagan en la vaguedad de sus pupilas azules. Ya no canta:

“Serenas son mis tardes
 Con arreboles;
 Cargadas de silencio
 Pasan mis noches,
 Y mis mañañas
 Bulliciosas y alegres
 Llegan a casa.”

¡Cómo están tristes nuestras montañas sin el gorrión familiar, sin la golondrina errante, amiga del alero de la casa paterna! Allá viviría y moriría el poeta; pero vuestra piedad reparadora se anticipa a la muerte, invade con cariño el lugar de la penitencia desolada, y despierta a Epifanio a vida nueva, en el lecho de su miseria. La luz irá filtrando sus lampos en aquel cerebro dormido; el pensamiento se pondrá en relación con los objetos a él tan caros, y Antioquia tendrá otra vez, a la cabeza de su legión, el romancero de sus virtudes, de su belleza y de sus glorias.

Será vuestra esta resurrección, señoras y señores; os doy las gracias por ello en nombre de la literatura americana.

La poesía, dice Quintana, "sirve de atractivo a la verdad para hacerla amable, o de velo para defenderla; enseña a la infancia en las escuelas, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, ennoblece el espíritu con sus máximas, le engrandece con sus cuadros, siembra de flores el camino de la virtud, y abre el templo de la gloria al heroísmo."

Aventuraré algunas palabras, con per-

dón vuéstro, sobre las causas que han rebajado este alto concepto de la Poesía entre nosotros, y tributaré mi modesto homenaje de cariño y admiración a Epifanio Mejía.

Se advierte un tardío desarrollo o una prematura decrepitud en las Letras colombianas, que se acomodan a asuntos extranjeros y desdeñan el Parnaso que la Naturaleza nos abrió, delante de los ojos, con el Descubrimiento, y el camino que la Libertad nos abrió, delante de los espíritus, con la Independencia. Se prefieren las viejas doctrinas, aun en presencia de los nuevos rumbos de la Literatura, que la acercan a la tierra y dan a sus creaciones la vitalidad del medio ambiente; y se vuelve la espalda a los raudales aborígenes de nuestras costumbres. Y así, pueblos holgados sobre el planeta, nos falta campo para movernos con nuestras fantasías; sociedades venidas ayer a la libertad, cargamos con tradiciones seculares del mal gusto, y huéspedes de la Historia contemporánea, estamos rehaciendo la historia antigua de las Letras; si no es que exabrupto votamos al agua nuestro equipaje criollo, y somos

como mendigos a la puerta de los extraños que comen las sobras de sus banquetes y encienden las luces de sus fiestas. Es odioso este papel subalterno de la Literatura colombiana.

En la distribución de los dones del Arte, si los pueblos guerreros dan la Epopeya, si los pueblos viejos dan la Leyenda, si los pueblos conmovidos dan el Drama, si los pueblos martirizados dan la Elegía, si los pueblos coléricos dan la Tragedia, si todos elaboran lo que les es propio, Colombia, en la América tórrida, tiene, para dar de sí, la juventud, el paisaje, el encanto indiano, la vida independiente, es decir, un escenario nuevo de hombres y de cosas. Mas la Poesía conserva la esclavitud en sus carnes, la estremece la selva virgen, tiembla en la vida libre, y renuncia al alberdío que la hizo señora de su suerte. Desposeída de sus atributos, se rinde y nada vale, porque el gran incentivo del Arte es la novedad, como que provocar sensaciones nuevas, o fuertes asociaciones de ideas, constituye el triunfo intelectual. El talento tiene de la sorpresa.

Bastaría para la reivindicación americana del Arte, mirar en torno nuestro y reproducir el paisaje "al través de un temperamento," como quiere Zolá; repasar nuestras sensaciones, y dar la conciencia colombiana; mirar hacia atrás y repoblar el mundo muerto de los recuerdos indígenas; seguir en el polvo las huellas de los padres de la Patria, y cantar con bordones de acero el futuro que se entrevé para los pueblos libres. No se rechazaría el progreso cosmopolita, sino que nos serviríamos de sus herramientas para nuestra obra, como el progreso se servirá de la obra nuestra para sus nuevas conquistas. ¡Hermosa perspectiva, que trunca en hora páfida la tradición española!

Hablo a un auditorio patriota.

De aquí no se fueron todos los peninsulares con las últimas cargas de Ayacucho: quedaron algunos devotos del Pasado colonial, y, cuando fué tiempo, levantaron en la Literatura el pabellón arriado en los combates, como un medio de contener la expansión de nuestra Democracia. Con la Academia, primero, y después con el sofisma de la Madre Pa-

tria, introdujeron el contrabandó de antigüedades y emprendieron el renacimiento arcaico. Se dejó sorprender el patriotismo por la gramática, y retrocedimos nosotros, sin que adelantara España, para darnos un abrazo con la Monarquía delante de las naciones. El gran sollozo de Cuba, que rueda por las olas del Mar Caribe a todos los hemisferios, como queja de sirena y rugido de leona, no fué suficiente para detenernos. Y, ya véis qué lejos hemos ido en estas y otras promiscuaciones culpables, cuando un hombre engréido en el mando no se contenta con que tengamos a Cervantes de Saavedra en nuestros escaparates, sino que quiere darles un DUEÑO a nuestras democracias.

Nos trajeron el habla de Castilla los españoles; yo no quiero recordar cuánto nos costó este vocabulario, desde que los Conquistadores arrancaron a los indios la palabra con la vida, hasta que los Pacificadores clavaron en una escarpia la lengua de Camilo Torres; pero ya que tenemos un idioma, bueno o malo, aprovechémoslo en nuestros propios asuntos.

Por sólo hablar de un muerto y de un

desgraciado, que no provocarán protestas, diré que Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, representan entre nosotros la Lira nacional que se remoja en los asuntos americanos y se conforta al beber los alientos de la zona tórrida. Y como uno y otro se han distinguido en cantar lo característico de Antioquia, con énfasis regional, dejadme en mi entusiasmo que los salude, porque sus versos salvan el concepto de la Federación proscrita!

Gregorio es el precursor, y a él se le debe glorificar el primero, porque, solicitado a la vez por muchas tendencias literarias, y con perplejidades inevitables al principio, quedó al cabo como poeta esencialmente antioqueño, de manera que lo perdurable de su obra es lo que reproduce o transparenta este pequeño mundo montañoso donde hemos nacido. Al sol de otro clima, al contacto de otros objetos, su producción fue abundante y rica, pero cuando no convertía la mirada al suelo natal, faltábale algo de la rúbrica con que distinguió sus versos en la avalancha métrica de esos tiempos. Las montañas fortalecieron su talento,

dieron novedad a su palabra, color a su verso, extensión a su fantasía y proporción a sus poemas. Gran parte de Antioquia está en su libro: la porción amable, recatada y pintoresca del pueblo; el panorama solemne y recreativo de la tierra, y los súbitos arrebatos y enternecimientos de la raza. Por mí sé decir que admiro al poeta, no obstante lo contencioso de su criterio y la porfiada flauta de la música de su estilo.

Admiro el *Cultivo del Maiz*, que les dio valor poético en Antioquia a las faenas de que vivimos, repudiadas o menospreciadas por la literatura meticulosa; que despojó el paisaje de la retórica, de la frase hecha, de la sentencia pseudomoral; que nos dio la naturaleza descuidada como ella es, un cielo multicolor y un bosque caprichoso; que pobló las faldas y las hondonadas de frescos inmortales, y nos devolvió el maiz en canastilla de novia; que enriqueció el Arte americano con retratos macizos de peones y de aldeanos, y rompió las trabas del concepto sutil para acercarse a la comprensión popular, por medio de imágenes nativas y de palabras llanas. Por

la obra de Gutiérrez González circula el alma de este pueblo, su fuerza y su pasión por el trabajo; y las mujeres comarcanas se mueven allí con un sello de nobleza y distinción que jamás se les había dado. Fue un golpe decisivo para los versos ceremoniosos, las pasiones falsificadas, la naturaleza apócrifa, para todo el abarrote español de factura madrileña o mestiza. Al perderse la balumba de ejercicios de ortología y métrica de los pedantes clásicos, ¿a dónde fueron los versos del *Cultivo del Maiz*? Fueron a todas partes: subieron como galanes por escalas de seda al retrete de las damas; invadieron a la sombra del jardín los costureros; se sentaron en los grandes salones; loquearon entre los chismes del tocador; fueron marmitones en las cocinas; se mezclaron a las meriendas de las familias; y, huyendo de las ciudades, recorrieron los campos, convidando los vecindarios al trabajo y la energía, con sus notas estimulantes.

Epifanio siguió a Gregorio, como la cenefa al muro, como cuadritos de dibujo limpio, de luz mermada, como de respiración contenida, pero tan apegados

a la tierra antioqueña, que son su aderezo de fiesta, los zarcillos de esa Judía errabunda que Jorge Isaacs acaba de requerir de amores como a una doncella del Viejo Testamento. Se diferencian. Si Gregorio compara, el otro expone; si el uno se expande, el otro se limita; si el de la casa de Aures traza grandes círculos al aire libre, el del cortijo del Caunce se recata bajo los árboles para acabar sus miniaturas, esmerilar y bruñir sus joyas. Más fluyente el primero, más opíparo, más luminoso; Epifanio, sosegado, tímido, confidente; los dos igualmente queridos y saludados como heraldos de la Montaña.

Se acostumbra en Colombia recibir lo forastero con proporciones de aumento y reducir lo propio a tamaño insignificante, y así tenemos un centenar de ídolos literarios que se refugian en nuestra credulidad cuando fastidian en sus respectivos países. El carácter de esta fiesta reivindica para el pueblo antioqueño el culto de los dioses Penates y el espíritu de justicia.

No queremos ni necesitamos encumbrar nuestro poeta en picos inaccesibles,

ni decir de él lo que no sea con la verdad, porque mañana caería de esa altura, y estaríamos nosotros desautorizados por nuestras propias exageraciones. Pero lo proclamamos el primero de los poetas sobrevivientes, como lo quiere el pueblo que ha recogido sus canciones, las mujeres que suspiran sus endechas, y por los fueros de su desgracia.

Además, los hombres distinguidos no son mayores ni mejores en ninguna parte, y la Fama es un ingerto de la inteligencia en la multitud, que se da dondequiera. Estemos, pues, satisfechos de nuestra admiración por Epifanio Mejía. El no ha combatido en las rudas batallas, no ha escudriñado las pasiones humanas, los problemas sociales, la Filosofía y la Historia. Todo ello está aparte de su ingenio, y si comparece en sus escritos es de un modo vago, como un recuerdo muy débil. Su ojo, hecho para los detalles de la naturaleza, no se aventura en lo desconocido, y su mirada fina, que distingue los matices de las hojas y de las flores, los caprichos de las nubes y las tragedias de los nidos, se entorna en la oscuridad y se cierra en lo recóndito.

Así está bien; vale más así que las Sibillas del desastre, que se emboscan en los versos para explotar a los pueblos. Es un poeta sincero y honrado, que está en el secreto de la tierra que ha trabajado con el sudor de su frente.

Porque, señoras y señores, no lo ha sorprendido la enfermedad en el ocio, ni de él puede decirse que no hizo provisiones para el invierno. Lejos de mí avivar vuestros sentimientos caritativos con el recuerdo de su vida de trabajador, porque sé que vuestra compasión si ve, no *distingue*, y que para vosotros la pena, por sí sola, justifica la dádiva; pero tiene singular mérito un hombre que junta al carácter de artífice el de obrero. No fue de los que hacen milagros con la aritmética, de los que soplan sobre los billetes y los multiplican, de los que entran por las puertas cocheras a los palacios de gobierno, de los que se escurren a las tesorerías, de los usureros que expresan la miseria humana; sino que incorporó en la tierra el esfuerzo de muchos años de su vida. Con el hacha en la mano ha recorrido los bosques que nos pinta; camino de la rosa tropezó con el ni-

dó de *La Tórtola*; abrió la fértil vega donde sacrifican *El novillo*; levantaron sus manos la casita del Caunce, cuyo penacho de humo saluda a la casa de Aures de Gregorio; ordeñó las vacas del *Corral* que nos deleita, y fue con queso de su alquería y con pan de su troje con lo que aderezó *El Arriero Antioqueño* su desayuno de chocolate en coco negro....

A los poetas encomiendan los pueblos la Belleza que quieren transmitir a la posteridad, y que al fin es lo menos frágil en el hatillo de la especie humana. El Progreso nivelará este lomo de dromedario de los Andes, donde vivimos; la invasión de gentes extrañas mezclará nuestras costumbres y confundirá nuestra lengua, y, cuando esto suceda, en los libros de Gregorio y de Epifanio se encontrará una impresión del momento actual, que huye, hasta donde ellos han podido grabarla. Poetas de esta laya no tienen sucesión; ni hay que esperar que la tengan, en la correspondencia con la naturaleza, tan expresiva como en Gregorio, tan candorosa como en Epifanio, porque llegarán los poetas sometidos a otras influencias y encontrarán el esce-

nario ocupado por otros asuntos. La salud de Epifanio es por esta razón de tanta importancia para nuestro nombre y de tanta significación para las letras colombianas. Con la pérdida de su razón se ha interrumpido la galería de sus cuadros primorosos, que son una parte del gran lienzo de Antioquia, en el que el *Cultivo del Maiz* da el fondo y otras obras son pinceladas de maestros. Unos meses, unos días quizá, arrebatados a la locura, nos servirán para encontrar el hilo de tantas creaciones sepultadas en este cataclismo, u olvidadas en el descuido de tamaña desgracia. ¿Qué no habrá tras de *Amelia*, tras del *Arriero Antioqueño*, tras de *Dos Julias*, que casi estamos a punto de descubrir en la necrópolis de Epifanio? Veo llegar de bulto esa procesión, hoy de sombras, en medio de flores campesinas, música de las fuentes y colores hurtados de caprichos del amanecer. Todo está allí, lo de arriba y lo de abajo: desde el minero en los socavones, que vigila dentro de la tierra, hasta la *montañera* en su cabaña, que luce sobre las alturas.

¡Oh! Ya se destaca la *montañera*, la

doncella de tierra fría, hacendosa y casta, con el sumo de las moras en las mejillas, los negros ojos dulces y velados, ceñido el traje sobre las carnes llenas, la *montera* en la cabeza, que le da al rostro una grata penumbra. ¡Cuánto vigor en esa figura que decora las sierras, que esparce fragancia de cultivos nuevos y tiene la redondez y tersura del globo de la granadilla! Encantadora siempre: si viene de la fuente, con el cántaro rojo a la cabeza; si pila el maíz a compás alternado con el mancebo hercúleo; en la piedra de moler, inclinado el pecho, con los brazos que vienen y van, con la espalda que ondula, con el cuerpo que se mece rítmico; al fogón donde se cuecen los fragantes manjares rústicos, la mazamorra, los frisoles y la arepa, con las candelas en el rostro y aguados por el humo los negrísimos ojos; en la estera del costurero, junto a la *banqueta* de la madre, que la mira adelantar el bordado en el *tambor*, mientras repasa las ropas de la familia; o si va al pueblo los domingos, con su mejor vestido, cuidados del camino para no ensuciar los pies recién lavados, tapada del sol con

el sombrero de paja, alegre por las compras que hará en la feria, o sonriendo callada a visiones de amor, si tiene novio; y cuando se engalana para recibir a su prometido, y el día aquel del casamiento, si rompe el baile, si prueba el vino, si estalla en el primer beso a su marido el amor prolífico de las montañas de Antioquia.

Es a él, a Epifanio, a quien se confía el menaje íntimo de la familia antioqueña. Lo designa su género; lo queréis vosotros.

Si esta fiesta contribuyera a fijar la jurisprudencia con respecto al mérito, se vería un cambio saludable en la dirección de las recompensas y un cambio radical en el aprecio de las popularidades. No sería el que quita, sino el que da, el aclamado: el que da de su mente, o brazo, o bolsa, y menguarían la fuerza, el engaño y la lisonja. *El canto del antioqueño* interpreta la pasión nuestra por la libertad y revela estados íntimos de sentimiento popular en los conflictos de las armas; cabe uno en las primeras estrofas, tal cual es, y halla en ellas la clave de lo que bulle en la mente:

"Nací sobre una montaña;
Mi dulce madre me cuenta
Que el sol alumbró mi cuna
Sobre una pelada sierra.

"Nací libre como el viento
De las selvas antioqueñas,
Como el cóndor de los Andes
Que de monte en monte vuela.

"Pichón de águila que nace
En el pico de una peña,
Siempre le gustan las cumbres
Donde los vientos refrescan.

"Amo el sol porque anda libre
Sobre la azulada esfera,
Al huracán porque ruge
Con libertad en las selvas.

"El hacha que mis mayores
Me dejaron por herencia,
La quiero porque a sus golpes
Libres acentos resuenan!

"Forjen déspotas tiranos,
Largas y duras cadenas
Para el esclavo que humilde
Sus pies, de rodillas, besa.

"Yo, que nací altivo y libre
Sobre una tierra antioqueña,
Llevo el hierro entre las manos
Porque en el cuello me pesa."

.....

Sabéis demasiado el origen humilde de estos versos, y bien: si no se interpusieran la vanagloria y el mandato, ellos resonarían en los cobres y las cuerdas de

nuestras Bandas oficiales, por sobre ese himno, de letra feudataria, que nada dice a nuestra razón, a nuestra convicción, ni a nuestro entusiasmo.

Se han escuchado ya casi todos los versos populares de Epifanio Mejía, y quiero, para concluir, llamaros la atención hacia un contraste.

Vivimos pensativos y febriles en esta edad batalladora: cada cerebro se excita con mil deseos fuertes, el corazón no es un péndulo sino una carga de fusil o una caldera de vapor; la pupila ahonda en los cuerpos para ver los íntimos laboratorios; y, sin embargo, muchos como yo, hijos de esta canícula intelectual, con aspiraciones a zona más ardiente, para que maduren temprano los racimos de la vida, protestamos que descansa el espíritu en la sencillez e inocencia de estos versos; que nos bañamos con gusto en el remanso de aguas cristalinas del poeta, y nos sumergiremos con él, deleitados en la tranquilidad de las cosas que nos rodean, como en retorno a la infancia y culto a los recuerdos, para seguir el paso de carga de la existencia combatida. La Ciencia, la Verdad filosófica y la Repú-

blica necesitan cantores, y los que respondan al reclamo tendrán ovaciones en días no lejanos; pero sus frentes caldeadas por el combate en la alta empresa, descansarán al amor del follaje de Epifanio, bajo el toldo saludable de helechos y batatillas de su musa agreste.

He dicho.

La Lira Nueva

Un libro de poesías es un dulce refugio para los espíritus delicados. Si las notas son suaves, llegan como una bocanada de aire puro y fresco; cuando hierve la pasión allí, el cerebro se enciende, pero entre acordes de música grave. Y bueno o malo el libro, él aviva la curiosidad de estudiar el corazón del poeta o los poetas que lo forman, porque en verso se le hacen al público—muchas veces sin quererlo—multitud de escondidas confidencias: es el verso como el jeroglífico del amor, del sufrimiento y de los deseos. Tan necesarias son a la vida intelectual las estrofas, que hoy se escuchan en todo el mundo con una especie de pasión, y tan meritorios se consideran los buenos poetas, que aun muertos señorean el tiempo, como Víctor Hugo. La naturaleza hace nacer al hombre caído, y la civilización lo encumbra a su diáfana altura por medio del verso. La poesía es el nimbo que sobre la frente de los hom-

bres se confunde con el milagro. Un libro que aparezca, debe concretar, pues, la atención como cualquiera otro artículo valioso de inevitable consumo. Si es bueno, para que prospere; si malo, para que desaparezca. El público lo aprecia o lo rechaza; la crítica debe guiar a su modo el gusto del público, que casi siempre es rudimental.

Y cuando el libro llega después de horas melancólicas, parecidas a un estertor, mirad que es grato escuchar los cantos de la juventud llena de vida, para pensar otra vez que el vigor prevalece y que en la borrasca no se han ido las bellas y generosas canciones. *La Lira Nueva* es, por adelantar algo en nuestro juicio, un apasionado ósculo de la esperanza.

Están allí, al pie de la misma sagrada colina, treinta y cinco jóvenes: sobre la frente de los unos la luz da de lleno, otros aparecen bañados en apacible claroscuro, muy pocos semejan desaparecer en una lejanía dudosa, pero ninguno está completamente en la sombra. Todos son meritorios: unos, porque se han elevado; otros, porque desean elevarse. El

deseo constante de grandeza, cuando no es la soberbia ni la envidia, puede llegar a ser la misma gloria, así como el mérito en ocasiones es apenas el propósito constante de tenerlo.

En el Prólogo del libro, el señor Rivas Groot nos cuenta el punto de partida. Alto pensamiento le presidió, y no vanagloria. Algunos amigos—poetas que practican al amor de los mayos llenos de flores—“interesados por el lustre de las letras patrias e iniciados en el movimiento intelectual que de años a esta parte se verifica entre nosotros, concibieron a la vez la idea de un libro que marcara el camino recorrido y enseñara el que debía transitarse en lo venidero....” Y el libro fue hecho bajo la dirección del autor del Prólogo. Rivas Groot toca ligeramente la cuestión histórica del clacisismo y de su antagonista, y señala la influencia de Zorrilla, como ya lo hiciera Camacho Roldán, sobre la generación pasada de literatos, de los cuales muy pocos se aislaron, como en un túnel, en “la casera letrilla castellana,” para salvarse del arrebatado torrente romántico. Condena la reacción, como excesiva, que sucedió a

ese movimiento, y después de saludar como a sombras idas a los trovadores de la escuela de Zorrilla, llega a decirnos de dónde han tomado ejemplo los nuevos poetas, los autores que figuran en ese libro. En José Eusebio Caro gustaron el nervio de la poesía; en José Joaquín Ortiz, al continuador de Bello; en Miguel Antonio Caro, algo como la precisión; en Gregorio Gutiérrez González, la nota de la naturaleza campestre; en José María Pinzón Rico, las candentes estrofas; en Jorge Isaacs, la ternura de *María* y el colorido oriental de *Saulo*; en Rafael Núñez, algo ignoto; en Rafael Pombo, algo extraño; y, por último, en Diego Fallón, la perfección, o "la serenidad de las cosas grandes." Estos son, pues, los maestros, que aun sin propiedad, llamaremos indígenas, según el introductor de *La Lira Nueva*. Luégo, en España, Núñez de Arce, Campoamor y Bécquer, y en las literaturas extranjeras principalmente Víctor Hugo.

El señor Rivas Groot nos ha dado, pues, un conjuro con el cual podemos abrir el libro. Cuando se le ha leído, siente uno la fatiga de quien hace, en

término breve, una gran jornada; pero es el cansancio de las sensaciones agradables. La diversidad de asuntos y de escenas que allí se desarrollan; los múltiples sentimientos que surgen en esas páginas; el tumulto de deseos que brota férvido como un reclamo a lo desconocido; la nota alta y profunda que domina el circuito como el eco del bronce; la voz grave que se dilata sordamente y forma el fondo del cuadro; los gorjeos escondidos en las ramas bajas; hasta el ruido del insecto dorado entre la hierbecilla, todo esto sorprende y encanta, aturde y maravilla, recibido de una vez en ese libro, como un golpe de luz súbita en el cerebro. Se encuentra la vida plena en los más delicados perfiles. Luégo hay tanto esmero, tanto cuidado en las decoraciones de ese volumen, en donde cada joven ha llevado el ramo más oloroso de su jardín, la joya más pulida de su arca, para recibir al público con boato, entre músicas, perfumes y colores; para obsequiarle bebidas embriagadoras y almíbares; confituras y manjares succulentos; el vértigo de la carrera y el blando reposo del cansancio. Y si allí está el

amor en cada página, que nos llama a gozar de sus voluptuosidades y de su pureza, o nos convida a llorar sus desengaños; y si allí atraviesa, siempre magnífica y misteriosa, la adorable mujer, madre, esposa, hermana, amiga, los cuatro verdaderos puntos cardinales de la vida; si allí va ella entre loores o quejas, pero siempre augusta, tocando con la breve planta las capas de púrpura que los bardos le tienden en sus sueños... ¡Oh, bello libro, hermoso libro *La Lira Nueva!*

Descubre el lector el distinto procedimiento de los que componen ese mosaico. El talento es una fuerza esparcida debajo de los cráneos, pero que se manifiesta en sus obras con la misma desigualdad con que las fuerzas interiores del planeta se revelan en la superficie. También tiene la inteligencia montañas, colinas, valles, pozos y abismos. En *La Lira Nueva* hay manos de pulso firme que trabajan con una seguridad completa; son las de los que se hicieron estilo y descubrieron ruta, que aspiran a la formación de una obra o a la continuación de una serie, con partes homogéneas. Esos se perfeccionan con el contacto de

los demás, pero no se dejan devorar, no se sumergen en otra musa y conservan su personalidad, el temperamento, de que habla la escuela naturalista. Se hacen cargo, principalmente, de que los versos, como toda obra de arte, deben ser hermosos y verdaderos; es decir, de pensamiento y de forma apropiados. Con esto no se quiere que la verdad sea una—la de determinada escuela—pero sí que en la formación de las ideas empleadas en la escuela a que uno pertenezca, se use un procedimiento lógico; que en la deducción, en la comparación, en la combinación de los pensamientos se mire por que los atributos estén encerrados en los sujetos; que ya se trate de hechos comunes o de fantasías, al presentarlos, se huya del absurdo, que es padre legítimo del monstruo. No es preciso señalar, en el libro de que nos ocupamos, a los escritores que ya tienen el poder artístico de ser dueños de sí mismos. Sigue a esta primera categoría la de los jóvenes que se tropiezan al querer continuar por un sendero, o se embelesan con los paisajes del camino, o se aturden con la algazara de los lados y se mantienen irre-

solutos, mudando el traje con frecuencia; y si gentiles, porque llevan los distintos vestidos con donaire, nunca serenos y despreocupados en su marcha. Y necesitan más vida propia, mejor orden en la nutrición intelectual. Pero no obstante, ellos aparecen así hermosos, como vides ingertas, con racimos multicolores. Y después de estos están los que tienen una candorosa confianza al eco, de estro que dijéramos automático, que apenas columbran la poesía y la llaman con voces infantiles que se perciben frescas y puras aun debajo del abigarrado manto en que se disfrazan, en su entusiasmo de niños verdaderos o de viejos infantiles.

Para atar las distintas partes de este discurso, reconocemos, con el autor del Prólogo, que ha influído mucho sobre los autores de *La Lira Nueva* el estudio de Bécquer y de Núñez de Arce; el de Campoamor no es muy visible. Este último es una fragancia que se escapa de los frascos de envase. A Bécquer se le ha dado vueltas, se le ha sometido a todos los ejercicios por la juventud canora de Colombia, de modo que multitud de poetas se han hecho consustanciales con el

malogrado andaluz. Se deriva de aquí una cierta monotonía cuando se reúnen muchos bardos del mismo género imitativo; y pierden ellos bastante, porque uno recuerda, al leer la imitación, el original, por la tendencia a gustar de lo nativo y pristino; y cuando se trata de Bécquer, por ejemplo, porque ha conservado en todas partes mucha superioridad sobre sus albaceas. Deseáramos ver a la juventud aligerada de esa manía, que no la deja mostrar fuéra del molde sino el busto, con mucho trabajo; y mirarla de pie, ágil en sus movimientos, llena de buena doctrina literaria, pero dando ricas poetas de su propia cosecha, hasta donde fuera posible. Y que no se pensara de muchos de los imitadores de Bécquer, por su pasión por el maestro, que hubieran deseado con ahinco nacer en Sevilla en 1837 y morir de hambre en Madrid en 1870, como el infortunado Gustavo Adolfo. Por lo que hace a Núñez de Arce, se le ha tomado la forma de algunas de sus estrofas y su constante espíritu de duda; es lo primero irreprochable, como que significa un verdadero adelanto; pero lo otro hace sospechosos, de aturdi-

miento por lo menos, a los jóvenes que empezaron a dudar cuando se recibieron aquí las obras de Núñez de Arce, y que lo hacen calcados en ese modelo. Se diría que, más bien que sinceridad, hay el prurito de no abandonar al maestro, porque las revoluciones en el espíritu se miden por muchos soles, y mal pueden ser obra de segundos. Perdónense estas frases, porque somos amigos de las afirmaciones positivas, y creemos a la duda estacionaria. Volney dijo que ella "es el principio de la sabiduría;" si otro afirmara "que la duda es el pecado," pudieran los dos equivocarse, pero nó de seguro el que dijera que, en poesía, la duda es la facilidad de no decir nada.

No olvidaremos observar que se nota un arte con tendencias a artificio (no especialmente en *La Lira Nueva*), que consiste en la profusión de epítetos, y, sobre todo, en la superioridad concedida a éstos sobre los pensamientos; de donde resulta que cuando la idea no es muy vigorosa, muere asfixiada bajo el peso de la pompa, como el párvulo abrumado de olanes.

Según el autor del Prólogo del nuevo

libro, Víctor Hugo "ha tenido, como ningún otro, atracciones para los espíritus abiertos, y muy especialmente para los poetas de *La Lira Nueva*." Bien se deja comprender esto en la obra. Víctor Hugo es como inmenso boa, que fascina y se traga a los enamorados de su abismo: se le debe estudiar y traducir, pero nó imitar, a nuestro juicio. Quien se encuentre con poderosas fuerzas, antes que caeren el gran molde, debe formar la paralela del maestro; de otro modo sólo logrará ser una chispa de su inmortal hoguera. Es que los genios no dejan percibir las formas propias o extrañas de su misma grandeza.

Rivas Groot señala un derrotero para el que "llegue a ser el verdadero poeta, que llegue a ser el poeta." Hay venero inexplorado, según él, en los acontecimientos de la conquista, de la colonia y de la independendia. Muy cierto, y además, puede ampliarse el horizonte, porque en los hechos intelectuales hay siempre esas mismas tres épocas: se conquista al hombre cuando se le obliga a prestar atención; se le coloniza durante el tiempo en que sus ideas son dirigidas, y

es independiente desde el momento en que se siente capaz de guiarse por sí mismo. Fecundas consideraciones que servirían a los poetas para explicar multitud de fenómenos interiores.

Rivas Groot desea que el vate sea, en síntesis, un benefactor; sí a fe, y que sea, por lo tanto, un libertador universal.

1886



INDICE

	Pag.
APRECIACIONES.....	3
EN EL CERCADO AJENO.....	7
POR EPIFANIO.....	37
LA LIRA NUEVA.....	56

